

grande pavor y espanto. Los apetitos serán atormentados con la furia de las mismas pasiones, sintiendo vehementes temores y tristezas, tedios y agonías, iras y desesperaciones, envidias y rabias, con tan cruel guerra entre sí, que se despedazarán unos á otros. La memoria será atormentada con la continua y fija recordación de los bienes que poseyó, de los males que padece, y de los que están por venir en la eternidad, sin que pueda acordarse de otra cosa, si no es para mayor tormento. El entendimiento estará entenebrecido, sin poder discurrir ó entender cosa que le dé gusto; estará lleno de errores, ponderando y encareciendo sus males, juzgando con pertinacia que le hace Dios agravio, quejándose de Él como de injusto. La voluntad estará endurecida y obstinada en sus pecados y en el odio de Dios y de sus santos, sin poderse ablandar, ni mudar, ni arrepentir; y deseando hacer su propia voluntad, jamás podrá, porque está atado de pies y manos en aquellas tinieblas y no tiene libertad para ejercitar obras de luz y alegría. Finalmente: el corazón del miserable condenado es como un mar alborotadísimo, en el cual entran, como ríos caudalosos, todos los tormentos que se pueden sufrir por los cinco sentidos, exteriores é interiores, en castigo de haber dado su consentimiento á los pecados que con ellos cometió. ¡Oh! ¿Qué desdicha mayor podría haber, que las potencias que Dios me dió para gozarle y ennoblecerme, se convirtiesen en mis crueles verdugos para atormentarme y confundirme? ¡Oh Dios inmenso! Ayudadme á mortificar y labrar las potencias que me disteis, y sea yo su verdugo en esta vida, para que ellas no sean mis verdugos en la otra. ¿Cómo mortificamos nuestras potencias? ¿Sujetamos la imaginación? ¿Negamos la voluntad?

Epílogo y coloquios. ¡Oh infierno! ¡Cuán espantosas son tus penas! ¡Cuán desventurados los que entran por tus puertas! Después del día del juicio, cuando el cuerpo esté unido con aquellas infortunadas almas, padecerá horriblemente en cada uno de sus cinco sentidos. Vistas y figuras espantables; suspiros y alaridos intolerables; hedores hediondos; gustos amarguísimos; dolores vivísimos é insoportables. El fuego le envolverá de pies á cabeza, y atormentándole de un modo admirable, jamás le consumirá, y nunca se separará de él por todos los siglos. ¡Qué horror! Y ¿quién será capaz de imaginar la gravedad de la pena de daño? ¡Verse el infeliz réprobo, en un instante, privado por toda la eternidad de su dicha, de su fin, de su bienaventuranza, de su Dios; separado de todo consuelo, de la Virgen Santísima, de los santos y ángeles, y de todo lo que había esperado y deseado! ¡Qué tortura! ¡Ay del religioso, del sacerdote, del cristiano en aquellos momentos! ¿Qué pensará su entendimiento? ¿Qué recordará su memoria? ¿Qué amará su voluntad? ¿Qué sentirá su corazón? Cada una de estas potencias será como una fuente inagotable de amargura y de dolor eternos. ¿Deseamos librarnos

de tales penas? ¿Cómo empleamos nuestros sentidos y potencias? ¿Rehusamos la mortificación? Gozar aquí y en el otro mundo no es posible. Veamos los propósitos que debemos hacer, y roguemos fervorosamente al Señor que nos ayude á cumplirlos, y que se compadezca de los pecadores, convirtiéndolos, y que remedie todas las demás necesidades.

10.—PURGATORIO.

PRELUDIO 1.º Representate una cárcel obscurísima y llena de un fuego abrasador, en la que están metidas las almas que han de purificarse antes de entrar en la gloria

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de conocer y temer las terribles penas del purgatorio, y de hacer penitencia para evitarlas.

Punto 1.º Qué es el purgatorio.—Considera cómo Dios Nuestro Señor ha ordenado que el que muera en gracia, pero sin haber pagado la pena merecida por sus culpas mortales ó veniales, no entre su alma en el cielo hasta pagarla en una cárcel¹ debajo de la tierra, deutada para esto, que llamamos purgatorio, á la cual es llevada por su ángel, luego que sale de este mundo. Acerca de esta verdad de fe has de ponderar primeramente cuán justo es Dios Nuestro Señor, y cuán grande la rectitud de su justicia, aunque mezclada con misericordia, porque ninguna culpa quiere dejar sin algún castigo, por lo cual en el sacramento de la Penitencia, cuando perdona la culpa mortal, conmuta la pena eterna en alguna temporal, mostrando en esto su infinita misericordia en perdonar la pena terribilísima que había de durar para siempre, y la justicia en pedir satisfacción con otra pena más ligera que dure poco. Mira cómo el Señor de tal modo exige que el hombre satisfaga con esta pena por sus culpas, que si no se paga en esta vida con alguna contrición, ó con algunas obras penales, ó con indulgencias, forzosamente se ha de pagar en la otra, así porque se guarde el orden de la divina justicia, como porque Dios es tan amigo de pureza, que no quiere admitir en el cielo al que no está muy purgado, no sólo de culpas, sino de penas que son reliquias de ellas. De donde has de sacar cuán grave mal es un pecado venial, pues con él es imposible entrar en el cielo hasta haberse bien purificado, y lo aborrece Dios tanto, que á sus mismos amigos, aunque sean muy santos, les detiene presos hasta que se purifiquen; y los humilla tanto, que les da por cárcel un lugar obscuro debajo la tierra, cercano al infierno. Tan pesada carga es la de cualquier culpa ó pena que de ella resulta, que da con nosotros en tan profundo abismo. ¿Y no evitaremos las faltas veniales? ¿No haremos penitencia de ellas? ¡Oh Cordero de Dios! Si en vuestra preciosa sangre lavan y blanquean los justos

¹ Zach., ix, 11: S. Thom.

sus almas para ser admitidos en vuestro reino, concededme en virtud de ella tan grande dolor de mis culpas, que también quede libre de las penas, para que, suelta mi alma de la cárcel de este cuerpo, no sea detenida en la cárcel del purgatorio.

Punto 2.º *Obscuridad y pena de daño que padecen las almas en el purgatorio.*—Considera aquí lo mucho que sienten las almas la obscuridad y tinieblas de aquella cárcel, en la que se carece de la vista de Dios, cuya pena es semejante á la pena de daño que padecen los condenados. Para conocer algún tanto la terribilidad de esta pena, pondera que allí está muy viva la fe de quién es Dios, y de cuán bueno, cuán hermoso y poderoso es: ven aquellas afligidas almas que Dios es su fin último y bienaventuranza suprema. Todo lo cual atiza el deseo de verle, y acrecienta la pena de la dilación que sufren por su culpa, porque la esperanza que se dilata aflige el corazón¹. Otra causa de esta dolorosa pena es el amor de Dios, que está allí en su punto, y el alma que se halla en aquel lugar, desea sumamente ver á su amado para unirse con Él, y no tiene cosa que le divierta ni entretenga como cuando estaba en vida. Pues si tan grandes son las ansias de ver á Dios que tienen en vida algunos santos, que parece que se mueren de pena, y dicen como David²: «¡Ay de mí!, que se ha dilatado mi destierro, y ha mucho que mi alma peregrina en la tierra», ¿con cuánto mayor sentimiento lo dirán las almas que están detenidas en el purgatorio, amando, penando y no medrando? Finalmente: también causa esta terrible angustia la suspensión en que se encuentran, sin saber cuánto tiempo ha de durar esta cárcel y privación de Dios; y aunque están conformes con la divina voluntad, no dejan de tener grande pena, considerando que originalmente nace de su pecado, y que por sus culpas y negligencias de esta vida se hallan en tal estado sin poder contemplar á su divino Esposo Jesús, ni disfrutar de la compañía de la Virgen, de los ángeles y de los santos, y de las demás cosas que creen y esperan ver. ¡Oh Madre mía amantísima! Sólo Vos y el Dios que le formó sabéis la viva pena que sintió vuestro ternísimo Corazón en los tres días que estuvo separado de Vos el divino Jesús; por el mérito de tan excesivo tormento, os suplico me deis á conocer algo de lo que padecen las almas en el purgatorio, privadas de la vista y compañía de su amoroso Redentor. ¡Oh alma! Si tanta pena te causa la separación de una persona amada, ¿qué sentirás en el purgatorio, separada de tu Criador? ¿No te esforzarás en trabajar para preservarte de aquellas penas?

Punto 3.º *Pena de sentido que se padece en el purgatorio.*—En este punto has de considerar la pena que llaman de sentido que padecen las almas en el purgatorio, consistente en el fuego

¹ Prov., xiii, 12. — ² 1º salm., cxix, 5.

que las aflige. Este fuego es el mismo que el del infierno, y en su comparación, el de este mundo es como pintado. Además, atormenta milagrosamente á las almas, como instrumento de Dios, y de Dios airado, el cual tiene la mano muy pesada cuando venga la injuria. Y como el fuego derrite la plata para purificarla de la escoria, así este fuego¹ derretirá, esto es, afligirá terriblemente las almas para purificarlas de la escoria que trajeron del mundo: y mientras hubiere que purificar, será continuo el dolor; porque no hay sueño ni distracción, ni cosa que temple su furia, como lo hay en esta vida. Por lo cual, como dicen los santos², los dolores del purgatorio exceden, en lo que es pena y tormento, á los dolores que pueden padecer en esta vida los hombres, y á los que padecieron los mártires, y aun á los que padeció el Rey de todos ellos, Jesucristo Nuestro Señor. Considerando todo esto, has de despertar en tu alma un grande temor de Dios y del rigor de su justicia, porque por ella, amando mucho á las almas del purgatorio y siendo amado de ellas, las ve padecer penas muy terribles y por culpas muy ligeras, y con todo las deja arder y penar hasta que paguen todo lo que deben. Saca también de aquí una firme resolución de satisfacer en vida por tus pecados, y abrazar de buena gana cualesquier penitencias y aflicciones, pues todas ellas son nada en comparación de las penas del purgatorio, y de huir cuanto fuere posible de los pecados veniales, pues no son otra cosa, como dice el Apóstol³, sino leña, heno y paja con que se ceba el fuego que te ha de abrasar en aquel lugar. Y siendo tal este fuego, ¿es posible que no temas á Dios que con él te amenaza, y que no trates de evitarle por medio de la penitencia, y detestando lo que le sirve de alimento? ¡Oh buen Jesús! ¡Cuán grande es el rigor de vuestra justicia, que así quemáis al árbol fructuoso por unas pocas espinas que mezcló con su buena fruta! Pues que prometisteis purificar á los hijos de vuestra Iglesia, como se purifica el oro y la plata por el fuego, purificadme como quisieréis en esta vida, para que vaya á gozar de Vos en saliendo de ella.

Epílogo y coloquios. ¡Cuán bien se descubre la severidad de la divina justicia á la luz del obscuro fuego del purgatorio! El hombre que peca, merece castigo; y aunque Dios en su misericordia le perdona la culpa y le libre de la pena eterna, no quiere dejar de sujetarle á alguna pena temporal, á fin de no abdicar completamente los derechos de su justicia. Y si no la paga en este mundo con un dolor vehemente ó con penitencias ó indulgencias, la habrá de pagar en el otro en el purgatorio, quizá por muchos años, entre amarguísimos tormentos. Allí, envuelta la pobre alma en tenebrosa obscuridad, conoce que Dios es sumamente amable y deseable, que es su tesoro, riqueza, felicidad y bienaventuranza, y no le posee ni sabe cuándo

¹ Malach., iii, 2. — ² SS. August., Greg., Thom. — ³ 1º Cor., iii, 12.

le poseerá. Querría ir al cielo, y la puerta está cerrada para ella; desearía ver á Jesús, á la Virgen y á los santos, y no puede ni sabe cuándo podrá. ¡Oh estado tristísimo! Un noble encerrado en obscurísima cárcel, no es ejemplo adecuado de él. Y si á esta terrible privación se añade el tormento del fuego, ¿quién será capaz de comprender la espantosa terribilidad del purgatorio? El fuego de acá es como pintado si se compara con el de allá; los tormentos todos de este mundo son alivio en comparación de los de aquel lugar. Y conociendo todo esto, ¿no procuraremos evitar las culpas aun ligeras? ¿No temeremos á un Señor tan severo en castigarlas? ¿No haremos penitencia de nuestras culpas? Si un alma saliera de aquellas penas, ¿qué haría, puesta en este mundo? Ahora que el Señor nos da tiempo y ocasión, procuremos proponer y resolver lo que nos convenga; oremos con fervor por nosotros y por los demás, especialmente por las afligidas almas que allí se encuentran.

II.—SOBERBIA Y HUMILDAD.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Satanás cayendo del cielo como un rayo, en castigo de su soberbia.

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de vencer la soberbia y practicar la humildad.

Punto 1.º *Modo como se peca por la soberbia.*—Considera cómo la soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, y es de dos maneras ¹: Carnal y mundana, que pone la excelencia en bienes corporales, como hacienda, linaje, hermosura y demás; y espiritual, que se ceba en los bienes espirituales de ciencias y virtudes, ya atribuyéndose á sí lo que es de Dios, como si fuera suyo; ya atribuyendo á sus merecimientos lo que Dios le ha dado de pura gracia; ya creyendo que tiene muchos más bienes de los que de verdad tiene; ya, en fin, pensando ser singular ² y excelente sobre todos en los bienes que tiene, ó deseando vanamente serlo, para que todos se le rindan y sujeten. Pondera luego los vicios que dimanar de la soberbia ³, como hijos de tan mala madre. El primero es la *vanagloria* ⁴, que es un apetito desordenado de ser conocido, estimado y alabado de los hombres, siendo sus actos el gloriarse de lo que se tiene, como si no se hubiera recibido de Dios; gloriarse de lo que no se tiene ó de cosa indigna de gloria; desear vanamente agradar á los hombres; alegrarse vanamente cuando es alabado, saboreándose en oír sus alabanzas, aunque sean falsas lisonjas. El segundo vicio es la *jactancia*, alabándose á sí mismo, diciendo lo que no tiene, ó exagerando lo que tiene, ó descubriendo sin necesidad lo que debiera encubrir. El tercero es *ambición*, de-

¹ Casian. — ² Psalm. xi, 5; Isai., x, 13; S. Greg. — ³ S. Thom. — ⁴ S. Basil.

seando desordenadamente honras y dignidades que no merece, ó procurándolas por malos medios ó con demasiada afición, poniendo en ellas su fin. El cuarto es *presunción*, presumiendo de sí cosas grandes, mayores de lo que puede, y arrojándose á ellas con temeridad. El quinto es *hipocresía*, fingiendo una virtud que no tiene, para que le tengan por santo. El sexto es *protervia* en su propio juicio, anteponiéndole al de los demás, aunque sean superiores. El séptimo es *desprecio* de los demás, haciendo poco caso de ellos, primero de los menores, después de los iguales, luego de los superiores, y, por último, del mismo Dios. Considerando estos vicios, y lo mucho que en ellos has pecado, debes confundirte grandemente, y pedir á Dios que te perdone. ¡Oh quién nunca hubiera caído en tales culpas! ¡Quién siempre hubiese detestado un vicio tan irracional! Porque, ¿qué hay en mí que no lo haya recibido ¹? Y si lo he recibido, ¿por qué me glorío como si no lo hubiese recibido y fuese del todo mío? Perdonadme, Señor, tal atrevimiento, y libradme de tales culpas. ¿Somos nosotros soberbios? ¿Caemos en alguno de los vicios que nacen de la soberbia? ¿Cómo hemos de vencerlos?

Punto 2.º *Castigos de los soberbios.*—En este punto has de considerar los castigos que ha hecho Dios en algunos soberbios en esta vida, y hará en todos en la otra. Porque, conforme á su amenaza, que dice ²: «Quien se ensalzare, será humillado», suele privarlos de la excelencia que tienen, negarles lo que desean, y en su lugar darles la bajeza y confusión que temen. Así lo hizo en Satanás y sus ángeles, los cuales, por su soberbia, perdieron las excelencias de la gracia, y no alcanzaron las preeminencias en las sillas de la gloria, y fueron echados del cielo empíreo al abismo del infierno ³. Por semejantes castigos pasaron Adán, Nabucodonosor, Holofernes, Senaquerib, Herodes, y otros, que apetecieron ser como Dios, y no le dieron la gloria que le debían. Pondera luego cómo el mayor castigo que Dios hace en esta vida por un pecado, es permitir por su causa otros muchos, y quitar los favores especiales de su gracia que preservaran de ellos; y de este modo castiga la soberbia, la cual es causa de las sequedades, desconsuelos y desamparos que nos suceden, y por ella permite Dios graves caídas en lujurias é infidelidades; como sucedió á Ananías ⁴ y Safira, que por vanagloria vendieron el campo, y vinieron á caer en graves culpas, y á tener muerte desastrada. Medita sobre todo las penas del soberbio en la otra vida, en donde padecerán especial confusión con terrible vergüenza, viéndose sumamente despreciados, y bajo los pies de Lucifer los que aquí pretendían el primer lugar, y oyendo las mofas y escarnios de los demonios que les dirán ⁵: «Tú has sido

¹ I Cor. iv, 7. — ² Matth., xxiii, 12. — ³ Isai., xiv, 15; Luc., x, 18.

⁴ Act. v, 5; S. Basil. — ⁵ Isai., xiv, 10.

llagado como nosotros, y te han hecho semejante en la pena, como lo fuiste en la culpa; derribada ha sido tu soberbia hasta los infiernos, y hasta lo más profundo de sus lagos.» ¡Oh humildísimo Jesús! Pues bajasteis del cielo y os vestisteis de nuestra miserable naturaleza, para enseñarnos á huir de la soberbia y á buscar la humildad, suplicáos que obréis en mí tal prodigio, que, aborreciendo con toda mi alma aquel abominable vicio, me abrace con la humildad que tanto deseáis hallar en vuestros discípulos. ¿Deseamos nosotros librarnos de los castigos reservados á los soberbios? ¿Huimos para esto de tan pernicioso vicio?

Punto 3.º Bienes grandes de la humildad.—En este punto puedes considerar los grandes bienes que alcanzarás si mortificas la soberbia y abrazas la humildad. Estos bienes se incluyen en la promesa que hizo Jesús, diciendo que quien se humillare será ensalzado; en la cual se encierran tres grandes favores, que hace á los que de verdad se humillan, librándoles de las miserias en que habían caído, conservándoles las gracias y excelencias que han recibido, y levantándoles de nuevo á otras mayores: y así, los que se humillan con corazón contrito por haber pecado, son ensalzados de Cristo en lo mismo en que se humillan, porque les perdona los pecados, aparta de ellos los castigos que merecían, dales su gracia y caridad, levántalos á la dignidad de hijos de Dios, oye sus oraciones, y llénalos de grandes dones, porque Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes¹. El rey Acab², porque se humilló delante de Dios, se libró del castigo con que le había amenazado. El publicano³ quedó justificado por su humildad, siendo reprobado el fariseo por su soberbia. De la misma manera, los justos, humillándose, son ensalzados de Dios en la misma justicia, aumentándoles la santidad, los dones de gracia, y la honra y gloria que merecen por ella. Por lo cual dice el Sabio⁴: «Cuanto fueres mayor, tanto más humíllate, y hallarás gracia delante de Dios», como la halló la Virgen Santísima, que por su profunda humildad fué levantada á la dignidad de Madre de Dios. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues que dijisteis: «Aprended de Mí que soy humilde de corazón⁵», deseando que todos os imitemos en la virtud de la humildad, de la cual nos disteis los más esclarecidos ejemplos, infundid en mi alma esta importantísima virtud, de modo que la practique en mis pensamientos, palabras y obras, humillándome delante de Dios, de mis superiores y de mis iguales, no para merecer la exaltación, sino sólo por conformarme con Vos en la humillación. ¿Deseamos nosotros hacernos dignos de los favores del cielo? ¿Cómo, cuándo y en qué cosas podemos y nos conviene humillarnos?

Epílogo y coloquios. ¡Cuán grave mal es la soberbia!

¹ Jacob, iv, 6. — ² III Reg., xxi, 29. — ³ Luc., xviii, 14. — ⁴ Eccli., iii, 20.

⁵ Matth., xi, 29.

Por ella el hombre pretende la excelencia que no merece, ni le conviene, ya en las cosas materiales y mundanas, ya en las espirituales y divinas, llegando á alzarse con aquello que sólo es propio de Dios. Los hijos que de tan mala madre nacen, son la vanagloria, la jactancia, la ambición, la presunción, la hipocresía, la protervia y el desprecio de los demás; y el desgraciado que la admite en su corazón sentirá que van creciendo continuamente estos venenosos frutos, hasta pretender asemejarse á Dios. Mas ¡ay de él! Presto caerá sobre él la indignación del Señor, el cual, en castigo, le privará de los bienes que posea, le negará los que desee y le sujetará á los males que tema. Así lo hizo con Lucifer y con otros innumerables soberbios. ¡Ay del hombre orgulloso! Quiere levantarse contra Dios, y en justo castigo será desamparado de Él, y de pecado en pecado, de abismo en abismo, no parará hasta el abismo del infierno, en donde será eternamente hollado por los demonios. En vista de esto, ¿no temeremos la soberbia? ¿No arrancaremos de nuestro corazón las raíces todas de este vicio? ¿No practicaremos la humildad, esa virtud divina que atrae las miradas del Señor, libra de todos los males, alcanza todos los bienes, y nos hace merecer eterna exaltación? Pero, ¿qué medios debemos practicar para alcanzarla? ¿En qué nos hemos de corregir? Escudriñémoslo cuidadosamente; propongamos lo que nos convenga hacer y enmendar, pidiendo gracia para ello, y suplicando con fervorosos coloquios al Señor nos libre á todos de la soberbia y nos dé la humildad y las demás gracias que deseamos.

12.—AVARICIA Y POBREZA DE ESPÍRITU.

PRELUDIO 1.º Representémonos á Jesús, diciéndonos: «No seáis demasiado solícitos por las cosas materiales».

PRELUDIO 2.º Pidamos la gracia de huir del vicio de la avaricia, y practicar y guardar la pobreza espiritual.

Punto 1.º Modos cómo se peca por avaricia.—La avaricia es un apetito desordenado de riquezas y bienes temporales, y se peca en ella de muchas maneras. Lo primero, deseando tomar lo ajeno contra el décimo mandamiento de la ley de Dios, ó tomándolo por la obra, ó retenéndolo contra el séptimo. Lo segundo, usando mal de lo propio, con escasez, y no repartiéndolo, cuando obliga la ley de la justicia ó de la caridad y misericordia, con los necesitados, teniendo entrañas duras con ellos. Lo tercero, buscando estos bienes con demasiadas ansias, poniendo todo el corazón en ellos, atropellando por esta causa los mandamientos de Dios y de su Iglesia, y las obligaciones del propio estado. De donde nacen muchas culpas que son hijas de la avaricia; es á saber: mentiras, fraudes, perjurios, violencias, tiranías, cruel-

dades, pleitos, discordias y otras innumerables; por cuyo motivo dijo el Apóstol ¹ que la codicia era raíz de todos los males. Lo cuarto, peca el religioso haciendo contra el voto de la pobreza alguna acción propietaria sin licencia del Superior, como usurpando para sí lo que otros le han dado, ó enajenándolo, ó escondiéndolo, usando de lo que tiene en uso prohibido, ó con modo propietario, esto es, con afición desordenada, como si fuera propio, entristeciéndose ó quejándose de que se lo quiten, aunque sea por justo título. Lo quinto, se falta haciendo las obras buenas, principalmente por interés temporal, ó por sólo él dejar las obligatorias, atropellando las reglas de su estado y oficio. Meditando estos varios modos de pecar por avaricia, has de examinar detenidamente si has caído en alguno de ellos, ya deseando lo ajeno, ya conservando con desorden lo propio, ya faltando á tus promesas y votos, ya, en fin, poseyendo alguna cosa que sea como ídolo, al cual adores tu codicia; porque cierto es lo que dice el Apóstol ², que la avaricia es servidumbre y adoración de ídolos. ¡Oh Jesús mío! Confieso con grande vergüenza que no pocas veces me ha arrastrado la afición á las cosas del mundo, ora deseándolas con afán, ora conservándolas con inquietud, ora sintiendo con demasía su pérdida. Por vuestra admirable pobreza os pido me hagáis participante de vuestro espíritu, con el cual pise las cosas terrenas, y sólo suspire por las celestiales. ¿Nos domina algún tanto la avaricia? ¿Cómo nos portamos en el uso de las cosas materiales?

Punto 2.º *Castigos de la avaricia.*—Considera aquí los castigos de la avaricia; ya los que trae consigo este pernicioso vicio, ya también los que el Señor añade en este mundo y en el otro. Pondera primeramente cómo la avaricia, según el Apóstol ³, es raíz de dos suertes de males, á que se reducen todos los de esta vida; á saber: culpas y penas, pecados y dolores, los cuales se juntan para castigar á la madre que los sustenta; y así ella es verdugo de sí misma, poniendo al codicioso en grandes congojas y aflicciones por ganar ó por conservar sus riquezas, con una miserable servidumbre ó esclavonía de ellas. Es también lazo de Satanás, con que le arrastra por espinas y abrojos de tentaciones, nieblas en la fe y remordimientos de conciencia, y de cuidados que le punzan, y con él al fin le ahorca, como á Judas, entre el cielo y la tierra; porque ni le deja gozar de los bienes de la tierra, ni que alcance los del cielo. Pondera luego los castigos que en este mundo ha enviado Dios á los que pecan de algún modo por avaricia. Acán ⁴ pretendió enriquecerse contra el precepto del Señor, y fué quemado vivo con su familia é intereses: Nabal ⁵ negó á David el necesario alimento, y murió secándosele el cora-

¹ I Tim., vi, 10. — ² Ephes., v, 5. — ³ I Tim., vi, 9, 10. — ⁴ Josue, vii, 25.

⁵ I Reg., xxv, 10, 37.

zón: Jezabel ¹ usurpó la viña á Nabot, y fué comida de los perros: Ananías y Safira ², según se cree, quebrantaron el voto de pobreza y murieron repentinamente: Judas ³ vendió al Señor, y se ahorcó. Mira, finalmente, los castigos del otro mundo, en donde los avarientos padecerán gravísimo dolor con la aprensión de su terrible necesidad, viendo que les falta todo cuanto deseó su codicia. ¡Oh Dios omnipotente; rico en hacer misericordias! Libradme de esta insaciable pasión de la avaricia, de la cual nacen tan grandes y espantosas miserias; mil veces prefiero padecer ahora necesidades temporales que, nadando en la abundancia, caer después en las eternas. ¿No temeremos nosotros el dejarnos llevar de la avaricia? ¿Qué hemos de hacer para vencer este vicio?

Punto 3.º *Bienes de la pobreza de espíritu.*—Considera aquí los grandes bienes que reportarás, mortificando la codicia y el amor á las riquezas. Dos modos hay de practicar esta mortificación: uno es quedándose con el dominio de las cosas y ejercitándose en mortificar la afición desordenada á ellas, ya haciendo limosnas, ya repartiendo generosamente los bienes cuándo y como convenga; y otro modo es dejando todas las cosas por Cristo, como hacen los religiosos. Ambos modos encierran grandes bienes, porque, generalmente, á todos los pobres de espíritu prometió Jesucristo ⁴ el reino de los cielos, así el reino de la otra vida como el que se goza en ésta, que es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo ⁵. De suerte que si mortificas y vences la codicia, gozarás tres grandes bienes: justicia, con abundancia de buenas obras; paz, sin ruido de turbaciones, y gozo espiritual, libre de tristezas y congojas, porque habrás quitado la raíz de todos los males que impide estos bienes. Pondera luego, en particular, cómo, si practicas la pobreza del primer modo, siendo generoso y espléndido con Dios, Dios será generosísimo y abundantísimo contigo, pues por esto dijo ⁶: «Dad y os darán; medida buena, llena, apretada y colmada pondrán en vuestro seno; y con la misma medida que midiereis á los otros seréis vosotros medidos». Mas considera los grandes bienes que reportan aquellos que mortifican la codicia del segundo modo, dejando por Cristo todas las cosas; porque como ésta es mayor generosidad con Dios, así el Señor será más generoso con ellos, cumpliendo la promesa que hizo de darles en esta vida el cien doblado de lo que le dan, y después la vida eterna, con un especial premio de sentarles en el día del juicio en tronos de grande gloria para juzgar las tribus de Israel y las naciones del mundo. ¡Oh dulcísimo Jesús! Pues que vinisteis del cielo á la tierra á darnos ejemplos de pobreza, para que por ella subiésemos de la tierra al cielo, y escogisteis morir

¹ III Reg., xxi, 6. — ² Act., v, 5; S. Augut.; Belarm. — ³ Joan., xii, 6.

⁴ Matth., v, 3. — ⁵ Rom., xiv, 17. — ⁶ Luc., vi, 38.

desnudo en una cruz, saliendo del mundo sin tener cosa del mundo, dadme aborrecimiento de las riquezas temporales para que os sirva con perfección y alcance las eternas. ¿Mortificamos el amor á los bienes terrenos? ¿Procuramos desprendernos de ellos del modo que nos es posible?

Epílogo y coloquios. ¡Ay del avariento! ¡Ay del hombre que ha puesto su corazón en los bienes de este mundo! Cometerá muchos pecados, porque la codicia es la raíz de todos los vicios; y, por fin, perderá su alma eternamente. El que es dominado de esta repugnante pasión, unas veces desea lo ajeno injustamente, otras lo usurpa ó retiene, pisando los santos preceptos; ya lo busca con excesiva solicitud, ya lo distribuye con mezquindad y dureza, ya, en fin, falta á sus votos, si es religioso. ¿Qué hará el Señor con un hombre tal, que así menosprecia lo celestial por no perder lo terreno? ¡Ah! Permitirá que la misma avaricia sea su cruel verdugo, despertando en su corazón metalizado envidias, inquietudes, odios y otras bajas pasiones que no le dejen descansar de día ni de noche; enviarále terribles castigos ya en este mundo, de modo que ni halle consuelo en lo que tiene ni en lo que le falta, y, por fin, le privará de las infinitas riquezas de la gloria, condenándole á las eternas privaciones del infierno. ¿Quién, al pensar todo esto, no se decidirá por abrazar la pobreza de espíritu, esa virtud que el Señor quiso poner por primera piedra del edificio espiritual, y que es origen y principio de todos los bienes? ¿Pues cómo la practicamos nosotros? ¿Tenemos el corazón desprendido de las cosas terrenas? ¿Nos disgustamos cuando algo nos falta? ¿Nos quejamos del Señor, ó de los que están en su lugar? ¿Cómo hemos de reformarnos? ¿Qué propósitos nos conviene hacer? Veámoslo con cuidado: miremos lo que en la muerte querríamos haber hecho, y roguemos por nosotros y por los demás por quienes debemos pedir.

13.—LUJURIA Y CASTIDAD.

PRELUDIO 1.º Representate á Jesús, diciendo: «Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán á Dios».

PRELUDIO 2.º Pide la gracia de huir siempre de la lujuria y practicar la angélica virtud de la castidad.

Punto 1.º Lujuria y sus castigos.—En este punto has de considerar brevemente cómo la lujuria es un apetito desordenado de deleites sensuales ó de cosas feas y deshonestas, y se peca diciendo, haciendo ó pensando cosas contrarias á la castidad, complaciéndose en los pecados cometidos, ó deseando cometerlos de nuevo; y lo mismo mirando ó escuchando cosas impuras. Pondera cómo, siendo este pecado el que más aleja de Dios y aficiona á lo terreno, es también severamente castigado por el

Señor. Porque primeramente permite que el ángel de Satanás¹, que con el aguijón de la carne derriba á los lujuriosos, les dé crueles bofetadas, atormentando sus cuerpos con mil zozobras y enfermedades penosas, asquerosas y vergonzosas; con infamias y con otros mil tormentos, hasta consumir la hacienda, salud, contento y vida. Demás de esto, ha hecho Dios terribles escarmentos para mostrar la ojeriza que tiene con este vicio. Por él vino el diluvio que anegó al mundo², el fuego que abrasó á Sodoma y Gomorra³, y la gran matanza que hizo Moisés en sus israelitas⁴. Con muerte repentina fué castigado un nieto⁵ de Jacob por este pecado, y con grandes trabajos y afrentas lo fueron David y Salomón por el mismo, y los hijos de Helí murieron desastadamente⁶. Pondera singularmente con horror los tormentos excesivos que padecerán los lujuriosos en el infierno, cuyo fuego abrasará con especial tormento aquellos sentidos y partes del cuerpo que fueron instrumento del pecado. Y así, la imaginación, que se saboreaba en pensar estas carnalidades, padecerá representaciones horribles, y los cinco sentidos, que fueron cinco fuentes de sucios deleites, serán como cinco balsas de increíble tormento; y el miserable lujurioso de pies á cabeza estará metido en el estanque de fuego y piedra azufre, porque vivió rendido á los olores y blanduras de su carne. ¡Oh alma mía! Considera bien las llamas del fuego infernal, para que huyas las llamas del fuego carnal; llora amargamente la menor falta que en este punto hayas cometido, y ruega al Señor que te mire con ojos de misericordia. ¿Sentimos nuestro corazón inclinado á tan funesto vicio? ¿Meditamos los tormentos con que es castigado? ¿Cómo nos portamos en las tentaciones?

Punto 2.º Actos de la perfecta castidad.—Considera aquí seis preciosos actos que abraza la perfecta mortificación de la lujuria y práctica de la castidad, los cuales son como las seis delicadas hojas de la azucena, que la simboliza. El primero es, tener pureza en la vista⁷ y en el oído, cerrando las puertas de estos sentidos, para que no entre por ellos cosa que despierte algún mal pensamiento ó fea imaginación. El segundo es pureza en el uso de las cosas deleitables al sentido del olfato, gusto y tacto, apartándote de todas las cosas dulces y blandas que dañan á la castidad⁸. El tercero es pureza en las palabras, pláticas y conversaciones; en las risas, semblantes y meneos del cuerpo, y en los trajes y adornos exteriores, castificándolo todo de modo que en todo resplandezcan la honestidad y decencia cristianas. El cuarto es pureza en las amistades y en el trato familiar y amoroso con las criaturas, huyendo con sumo cuidado cualquier familiaridad demasiada con persona ocasionada á tiznar la casti-

¹ II Cor., xii, 7. — ² Genes., vi, 5, 7. — ³ Genes., xix, 24. — ⁴ Num., xxv, 9.

⁵ Genes., xxxviii, 9. — ⁶ I Reg., ii, 34; iv, 11. — ⁷ Job, xxxi, 1.

⁸ I Petr., iii, 2: S. Basil.